

COLECCIÓN MARUJITA



LA TARTA DE DORO



10
CTVS.

COLECCION "MARUJITA" N°51

La t a r t a

d e D o r o



PRINTED IN ARGENTINA



LA Tarta de Doro

Al extremo del pueblecito de Pimpinela vivía la señora Ceñuda. Era, como indica su nombre, la mujer de peor humor que os podéis imaginar. Los duendecillos, gnomos y elfos hacían verdaderos esfuerzos por sentir simpatía por

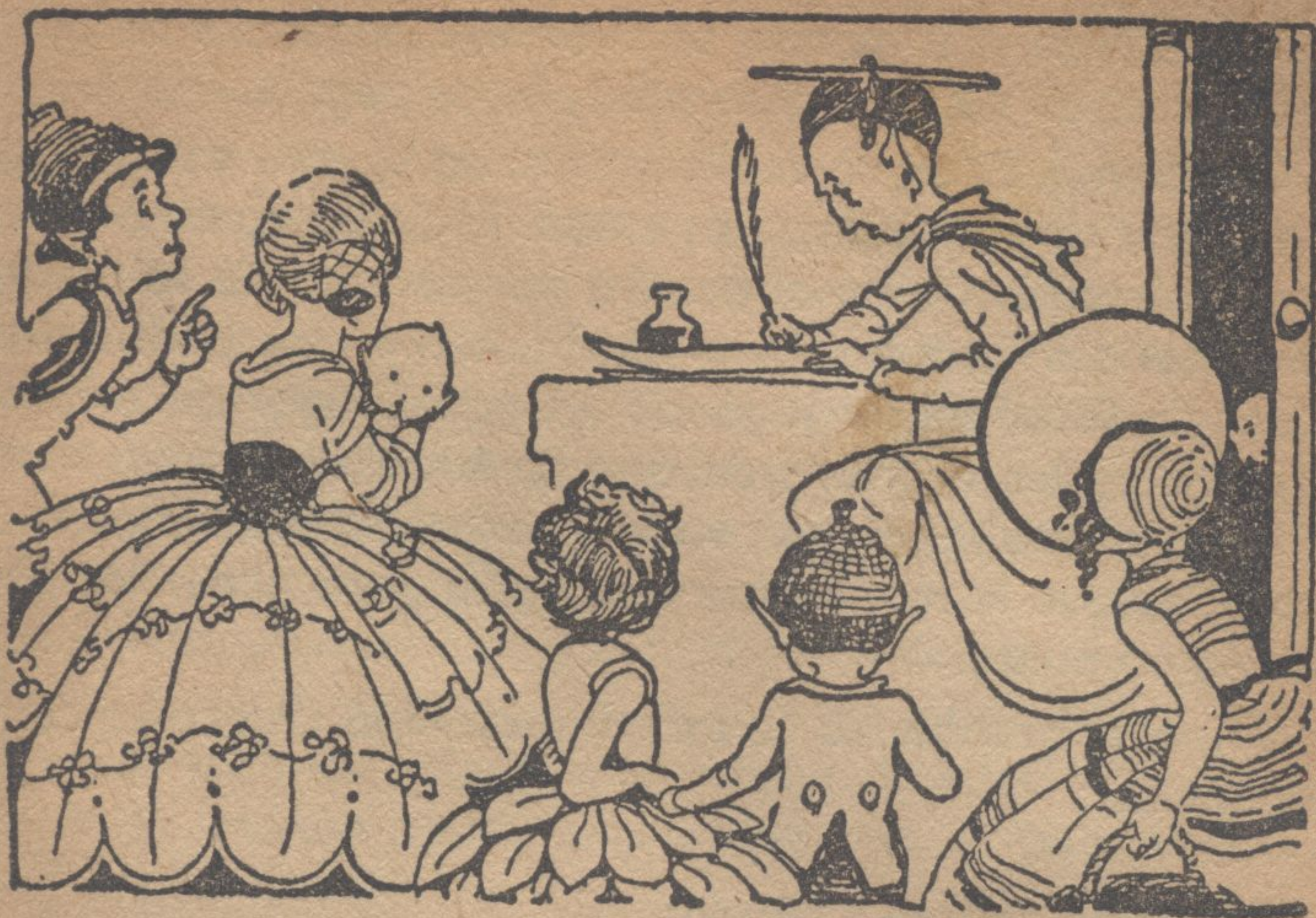
ella, pero puedo aseguraros que ese empeño les costaba mucho.

Precisamente detrás de su casita empezaba ya el prado comunal. Era una extensión de terreno muy bonito y muy fértil. Y allí los niños de los duendecillos y de los gnomos iban a jugar cada día, y sus alegres gritos se oían mientras lucía el sol.

A la señora Ceñuda no le gustaban los niños. Poníase furiosa al oír sus alegres voces y, cuando percibía sus carcajadas, fruncía de tal modo el ceño, que su frente parecía una maravillosa colección de arrugas.

—¡Malditos sean esos mocosos!—exclamaba.—¿Por qué no se irán a jugar a otra parte?

Siempre que alguna pelota iba, rodando, hasta su jardín, los niños no se atrevían a recogerla. Tenían todos gran miedo de la señora Ceñuda y aun, en cierta ocasión,



EL MAESTRO DE ESCUELA ESCRIBIÓ UNA CARTA

cuando Lindospies se cayó, causándose un corte en la rodilla, del que empezó a salir mucha sangre, ni siquiera entonces quisieron ir los niños a casa de la vieja en busca de auxilio.

Un día, cuando la señora Ceñuda atravesaba la puerta de su jardín para ir de compras, llegaron corriendo algunos niños duendecillos, y al volver la esquina, fueron a chocar con ella. El cesto que levaba la señora Ceñuda salió disparado en una dirección y el gorro fué a parar a otro lado.

Los duendecillos se asustaron y lo sintieron a la vez. No tuvieron ninguna intención de ir a chocar con la vieja y, por consiguiente, se apresuraron a recogerle el cesto y el gorro, que le entregaron respetuosamente.

—¡Malvados! ¡Sinvergüenzas! — exclamó la vieja amenazándolos con su bastón.—Habéis hecho eso adre-

de. Pues bien, nunca más os permitiré pasar por delante de mi casita. Y si me desobedecéis, os pegaré.

Los duendecillos no replicaron nada y, muy asustados, regresaron a sus respectivas casas. El único camino para llegar al prado comunal pasaba por delante de la casita de la señora Ceñuda, pero seguramente aun podrían, a pesar de todo, seguir jugando en aquel lugar de recreo. Sus padres les aconsejaron que no hiciesen ningún caso de aquella malhumorada vieja y, además, prometieron a sus hijos que le mandarían una carta para poner las cosas en su punto.

Tripolín, el maestro de escuela, escribió una carta concebida así:

“Querida señora Ceñuda:

Si se atreve a pegar a nuestros niños, iremos a expulsarla de su casa y nunca más tendrá usted permiso para vivir aquí. Los duendecillos no chocaron intencionadamente con usted, sino que, por el contrario, lo sintieron. Todos los días irán a jugar al prado comunal, como de costumbre, y si intenta usted impedírselo, la castigaremos”.

Cuando la señora Ceñuda recibió esta carta, se estremeció de ira y de miedo a la vez. Sabía muy bien que si se atrevía a pegar a los duendecillos o a los elfos, sus padres se quejarían a la Reina y ésta la expulsaría, sin duda alguna, del pueblo.

Así, pues, no tuvo más remedio que permitir, como de costumbre, el paso de los niños por delante de su casa, quienes, muy satisfechos, continuaron jugando todo el día en el prado comunal. Sin embargo, la vieja estaba

más ceñuda y enfurecida que nunca, y reflexionaba sin cesar acerca de cómo podría vengarse de los habitantes del pueblo.

Por fin un día se puso el manto y el gorro, tomó el palo de la escoba para cabalgar en él, porque era un tanto bruja, y, volando fué a visitar a su antigua amiga, la tía Gruñidos. Le contó sus cuitas y la tía Gruñidos la escuchó con la mayor atención.

—¡Ah!—dijo luego a su amiga.—¿De modo que necesitáis mi ayuda? Pues bien, mi querida amiga, tengo un encantamiento que es, precisamente, lo que os hace falta. Haré desaparecer a todos esos niños de los duendecillos y nunca más se oirá hablar de ellos. Y, lo mejor de todo, es que nadie sospechará que tengáis algo que ver con el asunto.

—Dádmelo—rogó, ansiosa, la señora Ceñuda.

—Es preciso que me deis diez monedas de oro—contestó la tía Gruñidos.—Se trata de un encantamiento muy caro.

La señora Ceñuda dió un suspiro y abrió el bolso. Todo su dinero alcanzaba, precisamente, la suma de diez monedas de oro. Mas, a pesar de todo, se las dió a la tía Gruñidos.

—¿Dónde está ese encantamiento?—preguntó.

La tía Gruñidos se dirigió a un armario y sacó de él un frasco lleno de polvos verdes.

—Aquí está — dijo. — Quienquiera que pruebe estos polvos, emprenderá el camino hacia el Este, sin detenerse un solo instante, hasta llegar al palacio del mago Doro. Luego atravesará la puerta y en el acto se convertirá en un servidor del mago.

—¡Qué encantamiento tan poderoso!—dijo la vieja, algo asustada.—¿De dónde lo habéis sacado?

—Doro en persona me lo dió—contestó la tía Gruñi-

dos.—Como podéis suponer, a veces necesita criados y me prometió que por cada uno que obtuviese gracias a esos polvos verdes, él me entregaría un saco lleno de oro.

—Pues, en tal caso, habríais de regalarme estos polvos — replicó la señora Ceñuda. — Sabed que recibiréis verdaderos montones de oro, porque, gracias a mí, irán los niños a docenas al palacio del mago, para convertirse en sus criados.

—No, es preciso que me paguéis — contestó la tía Gruñidos. — En cambio, estoy dispuesta repartir con vos los sacos de oro que reciba. Me parece que esta condición es muy equitativa. Pero, en este momento, necesito diez monedas de oro para comprar una escoba encantada y poder dar algunos paseos por la noche.

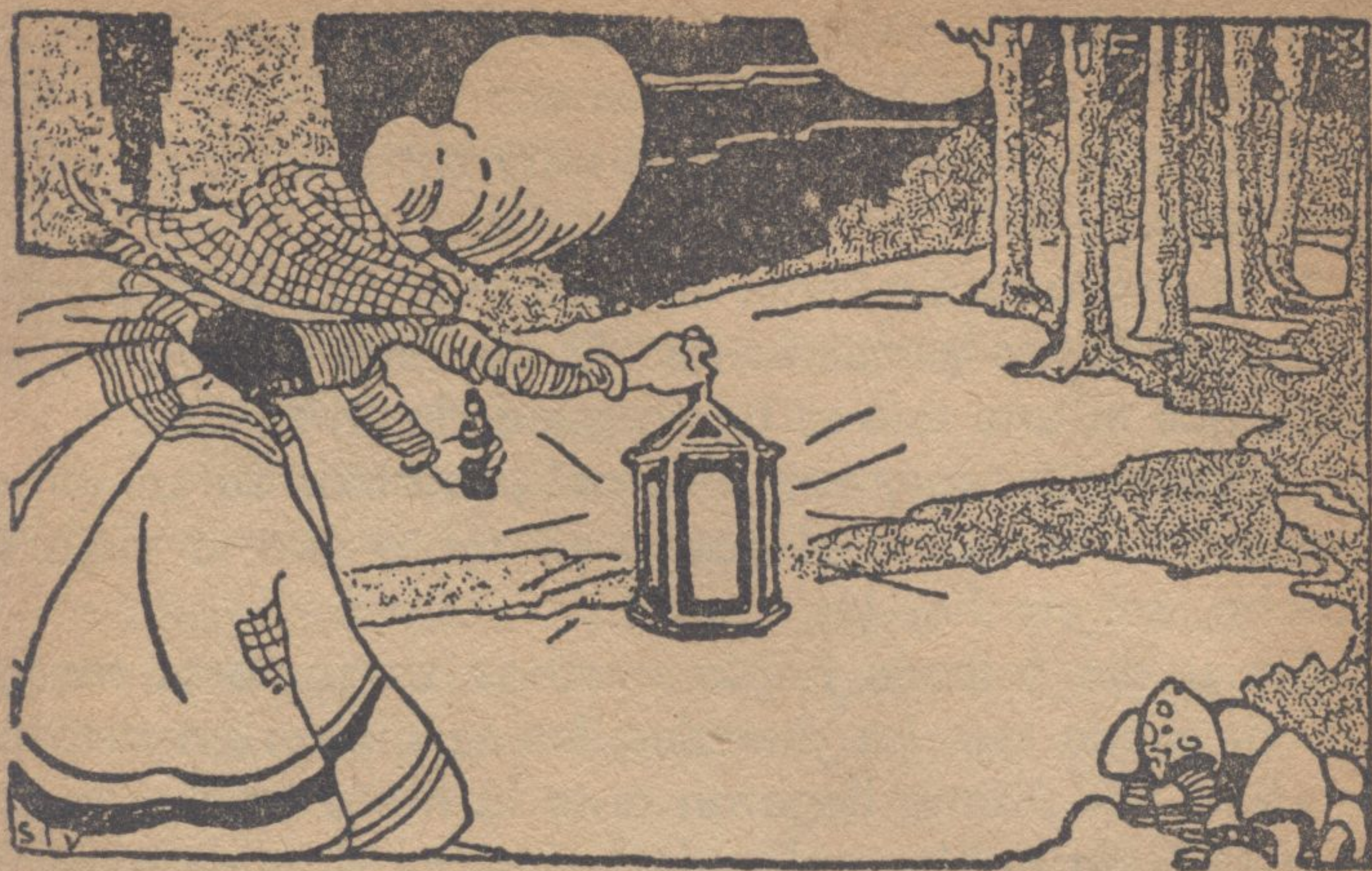
La señora Ceñuda se quedó con los polvos mágicos y, montando de nuevo en su escoba, emprendió el camino de regreso a su casa. Estaba muy satisfecha del resultado de su visita. Ahora sería preciso imaginar cómo podría hacer uso de aquellos polvos mágicos.

Precisamente en aquella estación crecían en abundancia las zarzamoras, y la señora Ceñuda observó que los duendecillos y los elfos pasaban todos los días por delante de su casa con las bocas y las manos manchadas. Y al recordar este detalle palmoteó de alegría.

—Usaré esos polvos mágicos, aplicándolos a una mata de zarzamora—exclamó.—Eso es lo mejor. Y esta misma noche voy a hacerlo.

En cuanto hubo oscurecido, tomó un farol viejo, lo encendió y salió al prado comunal. Encontró una mata de zarzamora llena de bayas maduras y, en el acto, dejó la luz en el suelo.

—Primero haré de modo que esas zarzamoras crezcan al doble de su tamaño y sean más negras—pensó.—De



EN CUANTO HUBO ANOCHECIDO, LA VIEJA TOMÓ
EL FAROL Y SALIÓ AL PRADO COMUNAL

esta manera no hay duda de que los niños las verán y se las comerán. Y en cuanto las haya hecho aumentar de tamaño, desparramaré este polvo verde por encima de la mata, pronunciando al mismo tiempo el encantamiento apropiado. Luego, así que los duendecillos se coman estas frutas, sus piernas los obligarán a emprender el camino del Este, para ir al castillo del mago Doro, se convertirán en sus criados y nadie sabrá qué ha sido de ellos. Así acabaré con esos niños malvados y escandalosos.

La señora Ceñuda empezó a danzar en torno de la mata de zarzamora y entonó una canción mágica. En el acto todas las bayas adquirieron doble tamaño y se pusieron muy negras y jugosas. Luego la vieja pronunció las palabras del encantamiento y espolvoreó toda la ma-

ta con los polvos verdes, hasta que cada una de las zarzamoras hubo recibido, por lo menos, una mota. En cuanto estuvo vacío el frasco, la señora Ceñuda se lo metió en el bolsillo, tomó el farol y, muy satisfecha, se volvió a su casa.

A la mañana siguiente se acercó a su ventana para ver pasar a los pequeñuelos. El día era magnífico, de modo que ni uno solo se había quedado en su casa.

—¡Vamos a coger zarzamoras! ¡Cojamos zarzamoras! —gritaban los niños al pasar, en tanto que la vieja se frotaba, satisfecha, las manos.

Aquel día soleado había muchas zarzamoras maduras, de modo que los duendecillos se dieron un atracón de ellas. Por último llegaron ante la mata en que la señora Ceñuda había realizado todas aquellas maniobras.

—¡Oh!—exclamó un duendecillo.—Mirad, nunca había visto unas zarzamoras tan estupendas como éstas.

—¡Caramba, tienen doble tamaño que las demás! Vamos a comérmolas.

—Esperad un momento—replicó un elfo de elevada estatura, que se acercó corriendo.—No nos las comamos. Mi madre prometió hacer una tarta para el anciano vendedor de globos, que está enfermo, y me encargó que cogiese las zarzamoras más grandes que pudiera encontrar. Vamos a coger estas para el hombre de los globos. ¿No os parece bien?

—¡Sí! ¡sí! —contestaron los bondadosos niños. —No nos comeremos ni una sola. Así podrán hacer una tarta magnífica para el pobre y anciano vendedor de globos.

Así, pues, cogieron con el mayor cuidado cada una de las zarzamoras y las pusieron en un cesto. Luego, los duendecillos creyeron que sería ya la hora de comer y, muy alegres, emprendieron el regreso al pueblo.

La señora Ceñuda los vió pasar corriendo por delante

de su casa y se quedó muy sorprendida y disgustada, porque había tenido la esperanza de que ni uno solo de aquellos chiquillos volvería a pasar por allí, sino que emprenderían el viaje hacia el Este y en dirección al palacio de Doro.

—Es posible que no hayan encontrado la mata—pensó.—Voy a verlo.

Salió, pues, de su casa y al ver que en la mata no quedaba una sola zarzamora, se quedó asombradísima.

—¡Oh! — exclamó. — Esa malvada tía Gruñidos me vendió unos polvos que no servían para nada. Esta misma noche iré a verla, para que me devuelva las diez monedas de oro.

Mientras tanto, ¿qué era de las zarzamoras? El elfo de elevada estatura se las dió a su madre, quien, inmediatamente, empezó a preparar una tarta de zarzamoras para el anciano vendedor de globos. Y en cuanto la hubo terminado, envió al elfo a su casa.

—Aquí os traigo una tarta de zarzamoras—gritó el elfo, pasándola a través de la ventana.

El vendedor de globos estaba en la cama y semidormido. Abrió los ojos e inclinó la cabeza, como para afirmar y luego volvió a quedarse profundamente dormido, sin ver lo que el elfo había dejado en el antepecho de la ventana. Y, al despertar, vió la tarta y se quedó asombradísimo.

—¡Dios mío!—exclamó,—¡qué lástima! El médico me ha dicho que durante esta semana no podré comer pasteles ni tartas. De modo que ni siquiera me será posible probar ésta. Y no me atrevo a devolverla, para que no se ofendan mis amigos. ¿Qué haré con ella?

Reflexionó unos instantes y de pronto oyó una llamada a su puerta. Era el pequeño Tiptap, criado de la señora

Colina. Tiptap llevaba unas naranjas al vendedor de globos.

—Muchísimas gracias—dijo el anciano.—Mira, Tiptap, podrías llevarte esa tarta para regalársela a la señora Colina, porque yo todavía no puedo comer nada de eso y sería una lástima que se estropease.

Tiptap se llevó la tarta y la entregó a su ama, pero ésta se quedó anonadada al verla.

—¡Dios mío, Tiptap!—dijo.—Precisamente he acabado de hacer la hornada y tengo en el horno cuatro tartas que se están cociendo. Por consiguiente, no sabría qué hacer de ésta. ¿Qué me aconsejas?

—¿Y si la mandáis a la tía Sabela, que tiene tantos niños?—preguntó Tiptap.—Estoy seguro de que la recibirían muy alegres.

—¡Oh, sí!—contestó, muy satisfecha, la señora Colina.—Mira, Tiptap, haz el favor de llevarla en seguida.

Tiptap llevó, pues, la tarta a casa de la tía Sabela. Estaba muy enfrente de la casita de la señora Ceñuda. Y la bondadosa tía Sabela había tratado, muchas veces, de hacer favores a la malhumorada vieja.

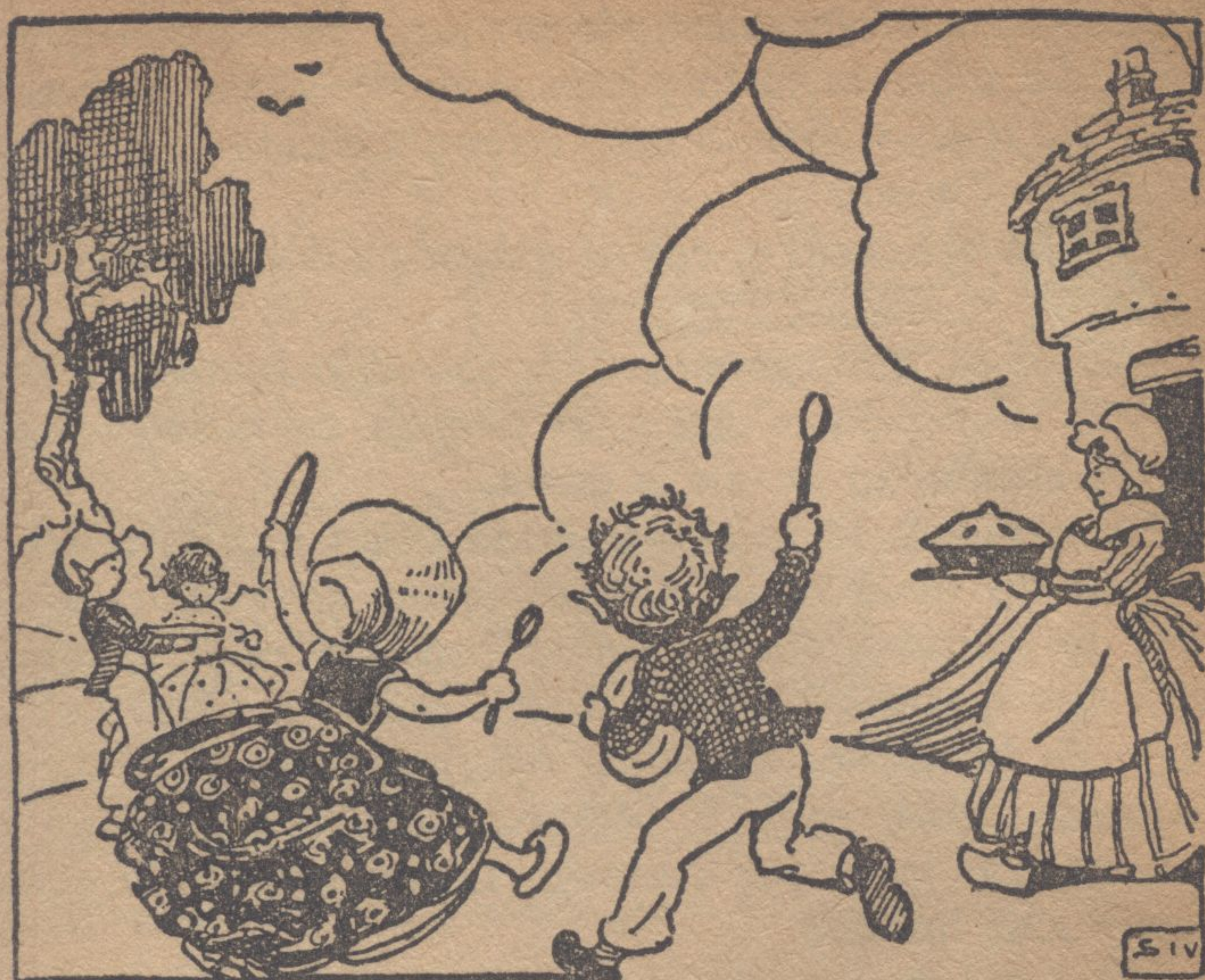
—Buenos días—dijo Tiptap.—Aquí os traigo una tarta, de parte de la señora Colina.

—¡Oh, muchas gracias!—contestó contentísima la tía Sabela.—¡Cuánto van a gozar mis pobres niños!

—¡Oh!—exclamaron estos, al ver la enorme tarta.—¡Deja que nos la comamos ahora mismo!

—La llevaremos al jardín y nos la comeremos allí—dijo la tía Sabela.—Hace un día magnífico y la cocina resulta ahogadora.

Toda la familia se dirigió al jardín y cada uno de ellos iba armado de un plato y de una cuchara. Precisamente cuando la tía Sabela había hincado su cuchillo



TODOS SALIERON AL JARDÍN LLEVANDO SUS PLATOS Y SUS CUCHARAS

en la tarta, descubrió a la señora Ceñuda en pie y a la puerta del jardín, y el bondadoso corazón de la tía Sabela le aconsejó la conveniencia de mandarle un buen pedazo de aquella hermosa tarta.

—Pitusín—dijo al mayor de los chicos.—Ve en busca de la mejor fuente que tenemos y mandaremos un pedazo de esta tarta a la pobre señora Ceñuda, porque estoy segura de que esa desgraciada tiene cara de hambre.

Pitusín fué en busca de la mejor fuente que había en la casa y además tomó la única cuchara de plata de que disponían. Su madre cortó un gran pedazo de la tarta de Doro, y lo puso en la fuente. La corteza de aquella tarta tenía un aspecto seductor, y las enormes

zarzamoras habían formado un jugo amoratado que se extendía sobre la tarta y aun se derramó por la fuente.

—Ve a entregárselo a la señora Ceñuda—dijo la tía Sabela a Pitusín.

El niño obedeció y, con el mayor cuidado, atravesó la calle.

—Buenos días, señora Ceñuda—dijo cortésmente.—Mamá le manda a usted un pedazo de nuestra tarta, con la esperanza de que le guste.

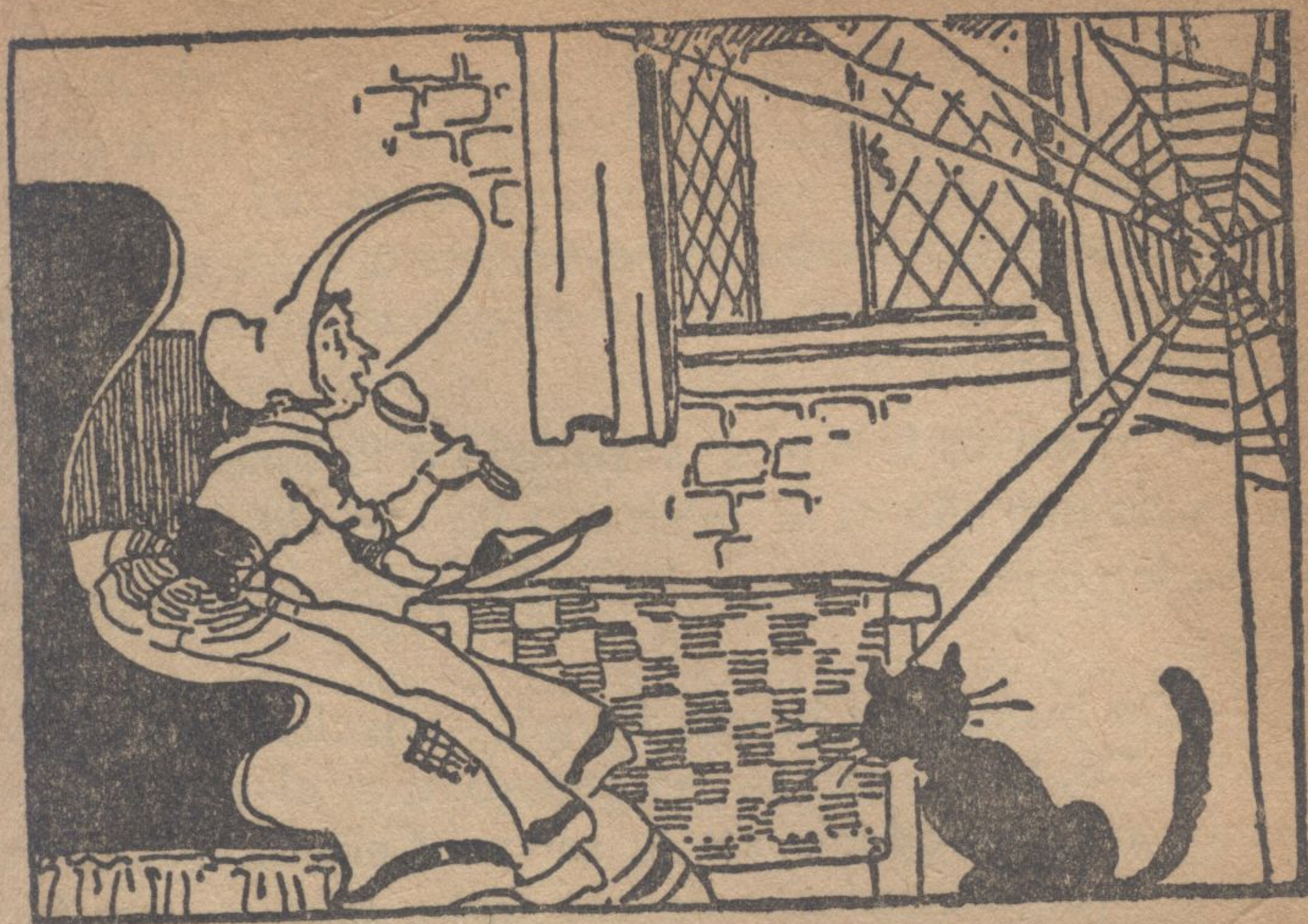
En realidad, la señora Ceñuda tenía mucha hambre, porque no tenía ni un céntimo para comprar provisiones. En todo el día no había probado nada, pues ya sabemos que dió todo su dinero a la tía Gruñidos, en pago de los polvos mágicos. Así, pues, recibió muy satisfecha, aquel regalo y, por una vez en su vida, dió las gracias con la mayor cortesía. Luego empezó a comer con mucha hambre.

¡Oh, qué buena era aquella tarta! ¡Qué sabor tan exquisito! La señora Ceñuda estaba contentísima de que la tía Sabela le hubiese mandado una porción tan grande.

La tía Sabela estaba también en extremo complacida de que la señora Ceñuda hubiese aceptado su regalo. Cortó el resto de la tarta y en cada uno de los platos de sus hijos puso un pedazo.

—Nadie debe empezar a comer hasta que estéis servidos todos y hayamos dado gracias a Dios por tan exquisita tarta—dijo la tía Sabela a sus hijos.

Todos esperaron con paciencia, pero cuando el más pequeñito acababa de recibir su porción, ocurrió una cosa muy rara. Desde el otro lado de la calle oyeron una exclamación de angustia. La tía Sabela y los niños levantaron la mirada y vieron que la señora Ceñuda se agarraba con toda su fuerza al marco de la puerta, en tanto que sus piernas parecían dispuestas a echar a correr.



LA SEÑORA CEÑUDA EMPEZÓ A COMERSE LA TARTA

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?—exclamaron la tía Sabela y sus hijos.

Y, abandonando sus respectivos pedazos de tarta, acudieron a socorrer a la señora Ceñuda.

—¡Es esa horrible tarta!—exclamó la vieja, rabiosa.—Son las zarzamoras de Doro, que las han puesto en una tarta. Y yo me la he comido, ¡me la he comido! ¡Desdichada de mí! Ahora no tendré más remedio que ir al palacio de Doro, para ser su criada. Allá me llevan mis piernas, ¡desgraciada de mí!

Por fin tuvo que soltar el marco de la puerta y antes de que la tía Sabela pudiese impedírselo, la vieja desapareció, corriendo calle abajo, en dirección al Este y no tardó en perderse de vista.

—¡Caramba!—dijo la tía Sabela, que estaba muy bien enterada del encantamiento de Doro y adivinó también el mal que quiso causar aquella vieja.—¡Caram-

ba! ¡Qué mujer tan mala! Sin duda embrujó toda la mata de zarzamoras, con el propósito de que los niños que se comiesen las bayas fuesen a ser criados del mago Doro. Pero los niños debieron de llevárselas a casa, para hacer una tarta que, de un modo u otro, ha venido a parar a nuestra casa.

—Y nosotros le dimos un pedazo a la señora Ceñuda, de modo que ella es la única que ha comido de esa tarta —exclamaron los niños.—Ha sido cogida en sus propias redes.

—¡De buena nos hemos librado!—exclamó la tía Sabela.—De todos modos, es seguro que el pueblo será mucho más agradable sin la señora Ceñuda. Ahora vamos a tirar los pedazos de esa tarta, porque, con toda seguridad, no nos lo comeremos.

Así, pues, tiraron a la basura los pedazos de la tarta y, aquella noche, un ejército de ratas los encontraron y no dejaron ni una sola miga. E inmediatamente salieron disparadas en dirección al palacio de Doro, porque el encantamiento era tan poderoso en ellas como en una persona. Ya podéis imaginaros cuán disgustado se quedó el mago al ver que, en plena noche, su dormitorio se llenaba de ratas.

En cuanto a la señora Ceñuda, nunca más se preocupó nadie por ella, ni tampoco nadie tuvo nunca que sufrir por su causa. Trabajaba desde la mañana a la noche para el mago, quien se reía hasta saltársele las lágrimas, al pensar que ella había caído en su propia trampa. También quedó muy contenta la tía Gruñidos, porque Doro le envió un saco de monedas de oro y no tuvo que compartirlas con nadie. Así, la única persona desgraciada era la señora Ceñuda, pero, como habéis visto, lo tenía muy merecido.

LA FAMILIA PINCHOS

Una vez, todos los animales del Bosque de los Abetos vivían juntos, en paz y muy felices. Entre ellos se hallaban los conejos y los sapos, los erizos y los ratones, las ardillas y los topos, y otros muchos.

Cierto día, el Rey Saltón, que era un conejo de color de arena, se sentó sobre algo que le pareció ser un montoncito de hojas secas, pero en realidad era el señor Pinchos, el erizo. Y como no le gustaba que nadie se sentase sobre él, irguió sus agudas púas, de modo que el Rey Saltón salió disparado, dando un grito de dolor.

—¿Cómo te atreves a pinchar al Rey del Bosque?— preguntó Saltón, enderezando las orejas a causa de la cólera.—¡Lo has hecho adrede!

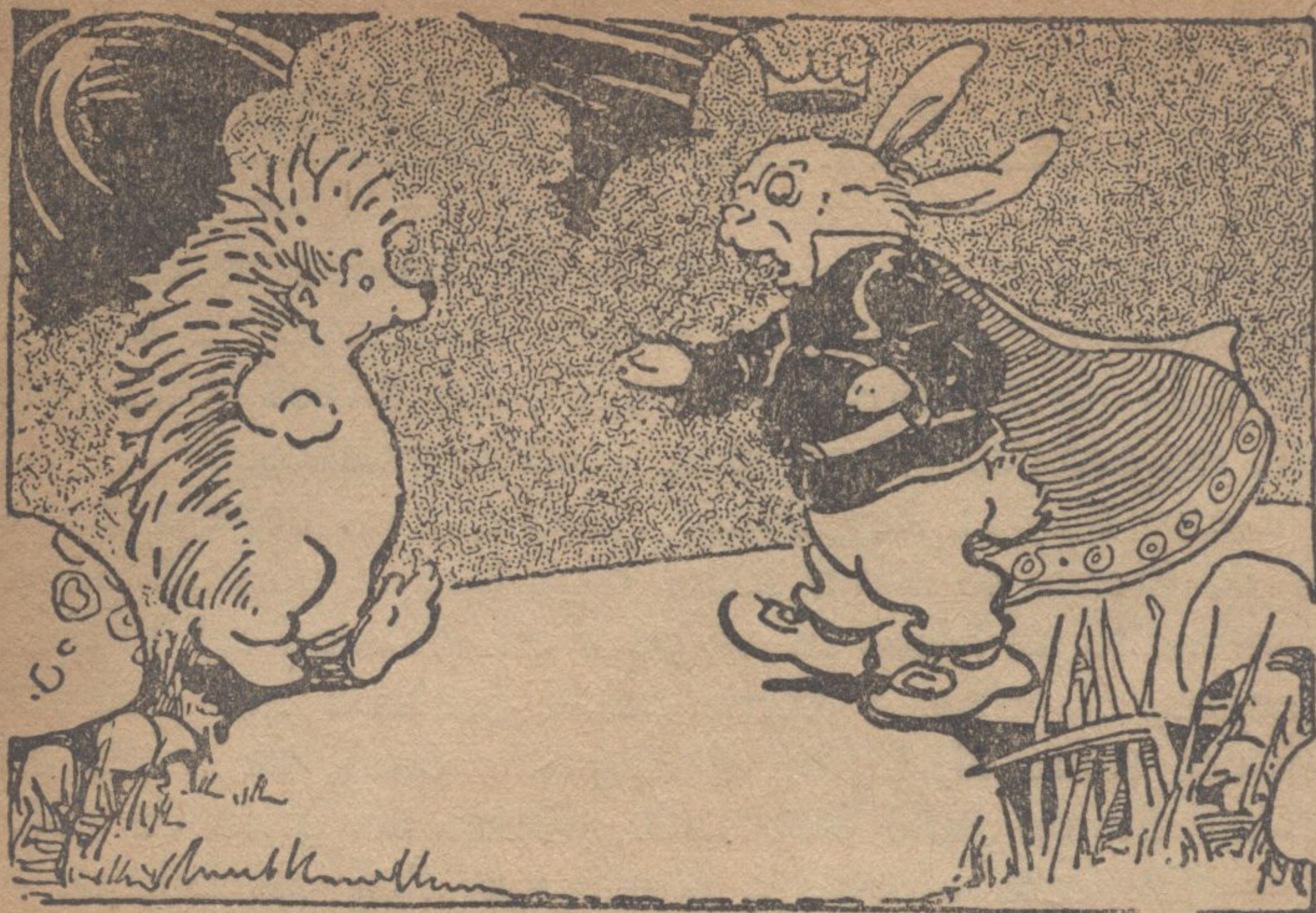
—No. No es verdad—contestó el señor Pinchos.—Pero tampoco resulta agradable que se sienten encima de uno.

—Bueno, pues te expulso del Bosque—dijo el Rey Saltón, señalando al Este con una de sus patas delanteras, hacia donde el bosque se aclaraba mucho.—Vete en seguida y llévate a tu antipática familia.

El señor Pinchos no tuvo más remedio que obedecer. Muy triste, fué en busca de su esposa y de sus seis hijos, todos cubiertos de púas. Empaquetaron todo cuanto tenían y luego la familia salió del Bosque de los Abetos.

No se habían alejado mucho, cuando llegó al bosque una familia de duendecillos rojos. Se dirigieron inmediatamente a una glorieta de campanillas azules y se alojaron allí. Es decir, en pleno bosque.

Al principio, todos sus antiguos habitantes no hicieron caso de los forasteros; pero, muy en breve, los duendecillos hicieron tan desgraciada la vida de los pobres



—¿CÓMO TE ATREVES A PINCHAR AL REY DEL BOSQUE?—EXCLAMÓ SALTÓN

animales, que incluso el Rey Saltón juró que los expulsaría.

Pero no le fué posible. Los intrusos sabían mucha magia, y los animales tenían siempre miedo de manifestar su verdadero pensamiento, por miedo de verse convertidos en tijeretas o en setas. Así, pues, habían de resignarse a que todas las noches les saquearan las despensas y les vaciaran la leñera, eso aparte de que los pequeñuelos se asustaban mucho a causa de los ruidos espantosos y de las feas muecas que hacían los duendecillos.

Una vez cada mes, cuando era luna llena, los duendecillos celebraban un gran baile en su retiro; danzaban en corro, a la luz de la luna, cogidos de las manos y entonando canciones a grito pelado. Ningún animal

podía dormir, pero nadie se quejaba, porque ya sabían que los duendecillos rojos los castigarían cruelmente en caso de oírlos.

—Si alguien fuese capaz de librarme de esos seres rojos, reinaría en mi lugar—declaró una noche Saltón.—Nuestras vidas son muy desgraciadas ahora y, por lo tanto, es preciso expulsar a esos malditos intrusos.

Tales palabras hicieron pensar a muchos animales que les gustaría en extremo ser rey y ceñir la corona del Bosque, pero por mucho que reflexionasen, no podían hallar un plan para obligar a los duendecillos a marcharse.

Rabilarga, la ardilla roja, les escribió una carta muy cortés, rogándoles que se marcharan, pero, por toda respuesta, una mañana pudo comprobar que le habían robado todas sus nueces.

Luego el topo Molón les escribió también una carta muy severa, diciendo que iría en busca de un policía del mundo de los humanos, y que los haría encerrar, si no se marchaban en el acto.

Pero los duendecillos fueron a su encuentro y se rieron de tal modo de él, que el señor Molón empezó a temblar de miedo; y durante tres días enteros no se atrevió siquiera a salir de compras.

La atrevida señora Liebre fué un día al encuentro de los duendecillos y les ordenó que salieran inmediatamente del bosque. Llevó consigo un látigo y amenazó con dar una paliza a cada uno, si no le obedecían.

Los duendecillos se sentaron alrededor de ella, sonriendo, y cuando la señora Liebre quiso hacer uso de su látigo observó que no podía moverse. Los duendecillos la habían hecho víctima de su magia y le pareció estar clavada al suelo. Entonces le quitaron el látigo y lo emplearon para darle una gran paliza. Luego la ata-

ron a un abedul y allí se pasó la noche, temblando de miedo y de frío. Saltón la encontró atada a la mañana siguiente y la señora Liebre juró que nunca más se acercaría a aquellos malvados duendecillos rojos.

Después de eso, nadie se atrevió a intentar cosa alguna. Un día Saltón recibió una carta del señor Pinchos, el erizo. La abrió y vio que decía:

"Querido Rey:

Creo que sería capaz de libraros de los duendecillos rojos, pero aun en el caso de que lo consiga, no deseo ser rey. Lo único que quisiera es tener permiso para vivir en el Bosque de los Abetos con toda mi familia y mis amigos. Permitídmelo, por favor.

Vuestro afectuoso súbdito,

Pinchos."

— Cuando Saltón hubo leído la carta, se sentó y escribió la respuesta, diciendo:

"Querido señor Pinchos:

Puede usted volver, cuando quiera, a vivir al bosque, si es capaz de librarnos de los duendecillos, pero creo que no lo conseguirá.

Su afectuoso Rey,

Saltón."

Cuando el señor Pinchos recibió la carta, se quedó extasiado de alegría, porque estaba seguro de que podría librarse de los duendecillos. Consultó su calendario y así pudo averiguar que la próxima luna llena sería tres noches después. En aquella ocasión, los duendecillos rojos celebrarían, descalzos, su danza acostumbrada.

Aquel día, el señor Pinchos fué a visitar a Tibulín, el duendecillo, que era muy amigo suyo.

—Vengo a pedirte un favor—dijo.—¿Quieres ir al Bosque de los Abetos para decir a los duendecillos rojos que alguien te ha enviado con objeto de ponerles sobre aviso contra los Alfileres y las Agujas mágicos?

—¡Dios mío!—exclamó Tibulín, riéndose.—¡Qué mensaje tan raro! ¿Qué son esas agujas y esos alfileres?

—No te preocupes—le dijo el señor Pinchos.—Tú ve a transmitir este mensaje y cuando estés de vuelta vendrás a merendar con nosotros.

Tibulín se internó en el bosque, fué en busca de la vivienda de los duendecillos rojos y en cuanto los vió les transmitió el mensaje.

—Alguien me ha enviado a daros un aviso—dijo en tono solemne.—Tened mucho cuidado con las Agujas y los Alfileres mágicos.

—¡Oh!—exclamaron los duendecillos asustados.—¿Qué es eso? ¿Qué mal pueden hacernos? ¿Quién te dijo que nos avisaras?

—No puedo contestar a ninguna pregunta—dijo Tibulín, echando a andar y dejando a los duendecillos preocupados acerca del significado de aquel mensaje.

En cuanto llegó la noche de la luna llena, el señor Pinchos, con su esposa e hijos, se dirigieron al bosque y al lugar habitado por los duendecillos. Estos empezaban ya su danza con los pies descalzos, y habían dejado los zapatos y las medias en un montón, al pie de un árbol.

Sin ser vista, la señora Pinchos se dirigió a aquel montón de medias y zapatos, y lo llevó a un estanque que había a corta distancia. Lo arrojó todo al agua y volvió al lado de su familia.

—¿Estáis preparados?—preguntó el señor Pinchos.—Pues a rodar.



LOS DUENDECILLOS ROJOS EMPEZABAN SU DANZA CON LOS PIES DESCALZOS

Al mismo tiempo, todos los erizos se enroscaron, convirtiéndose en otras tantas bolas y empezaron a rodar hacia el lugar en donde los duendecillos estaban bailando. Siguieron rodando por entre sus desnudos pies y pronto se oyó un coro de gritos y de lamentaciones.

—¡Oh! ¡ay! ¡uf! ¡He pisado un espino! ¡Me he pinchado el pie! ¡Caramba! ¿Qué es esto?

Los erizos iban rodando de un lado a otro, y así los duendecillos no tenían más remedio que pisarlos. Sus pies quedaron atravesados por multitud de pinchos, de modo que todos ellos daban saltos y no cesaban de quejarse de dolor.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?—se preguntaban.

En aquel momento, la luna se ocultó tras una nube y los duendecillos no pudieron ver cosa alguna. Y sin cesar iban pisando a los erizos y ni por un momento interrumpían sus voces de dolor y de susto.

Pronto el jefe de los duendecillos dió un grito de deses-

peración. Sin duda, todo aquello eran las Agujas y los Alfileres mágicos de que les habían hablado. Ya les avisaron que tuviesen cuidado. Por la tanto, convenía ponerse cuanto antes las medias y los zapatos, antes de que ocurriesen males peores.

Cuando fueron al lugar en que dejaran aquellas prendas, no pudieron hallarlas, porque, según ya sabemos, estaban en el fondo del estanque.

Empezaron a ir de un lado a otro, en busca de las medias y de los zapatos, y mientras tanto, el señor Pinchos y su familia se entretenían rodando por debajo de sus pies. ¡Cuánto se divirtieron!

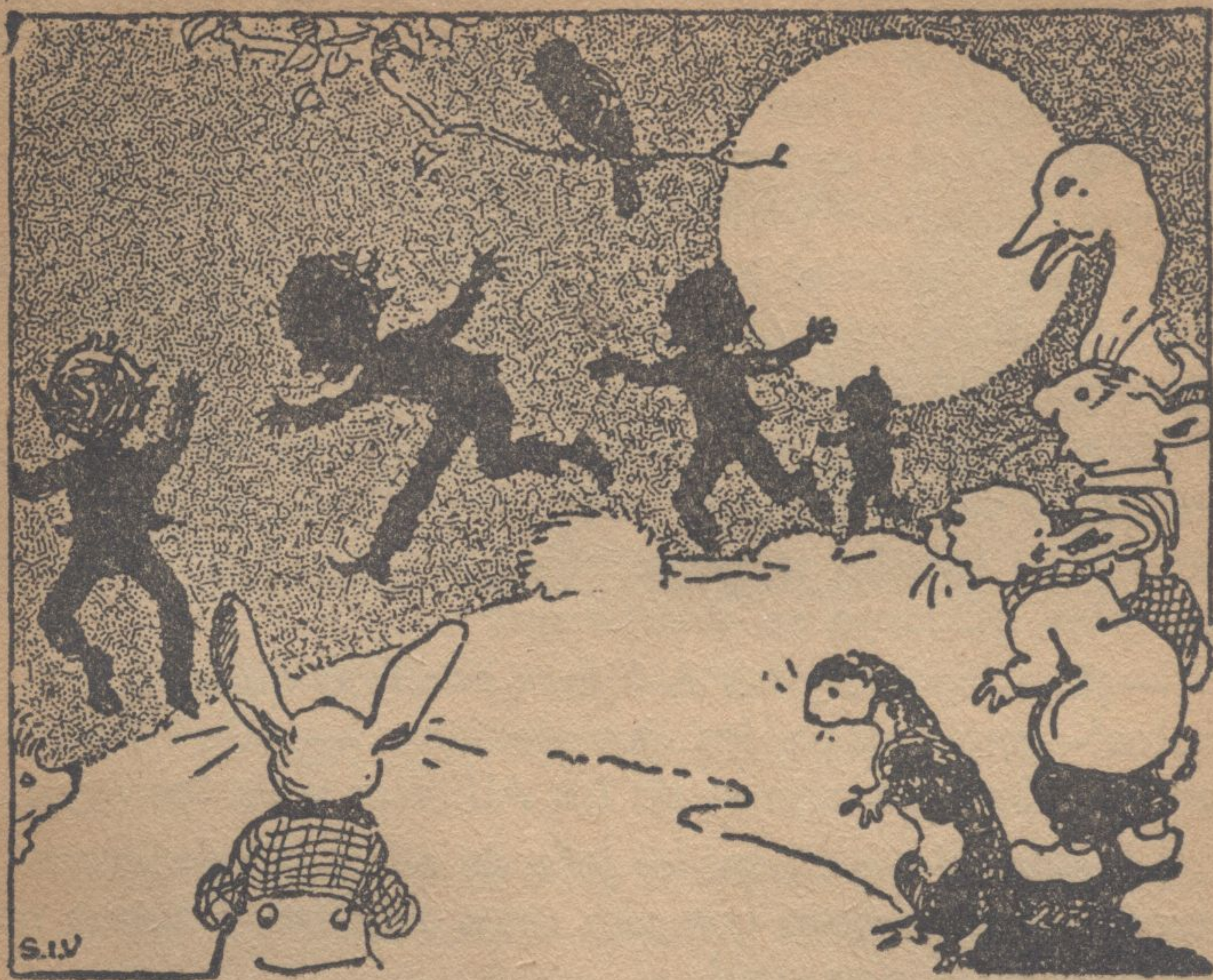
—¡Las Agujas y los Alfileres nos han quitado los zapatos!—exclamaron los duendecillos. — ¿Qué haremos ahora? ¡Somos víctimas de los Alfileres y de las Agujas!

—¡Aprisa!—exclamó el jefe de ellos.—Volvámonos a nuestro pueblo para comprar unos zapatos y nunca más pongamos los pies aquí.

En efecto, emprendieron la fuga, no sin verse perseguidos por sus enemigos, que gozaban infiriéndoles fuertes pinchazos en los pies. Mientras tanto, todos los animales del bosque, muy sorprendidos, vieron que los duendecillos rojos huían como alma que lleva el diablo, y en cuanto aquellas personitas malvadas se hubieron alejado, todos rodearon a los erizos para dirigirles alabanzas por el valor de que habían dado pruebas.

Algunos propusieron nombrar rey al señor Pinchos, pero él se negó a aceptar el cargo, alegando que no lo merecía. Añadió que Saltón reunía más condiciones para ejercer la realeza y se contentó con que le diesen el permiso de vivir en el bosque, en unión de su familia.

Como se comprende, se lo dieron de buena gana y el señor Pinchos, su esposa y sus hijos, se instalaron de



LOS SORPRENDIDOS ANIMALES VIERON QUE LOS DUENDECILLOS ROJOS ECHABAN A CORRER DESPAVORIDOS

nuevo en su antigua morada y fueron muy felices. El Rey les invitaba una vez por semana a merendar, porque, como ya se comprende, le había perdonado el pirchazo que involuntariamente le dió el erizo.

En cuanto a los duendecillos rojos, no se les volvió a ver por el bosque, pero nadie lo lamentó.

EL HALLAZGO DE POLÍN

Juana y Pedro vieron al gatito cuando, de regreso de la escuela, se dirigían a su casa. Mayaba en una zanja y el pobrecillo estaba tan delgado, que por debajo de la piel se le veían los huesos.

—¡Oh, pobrecito!—exclamó Juana, dirigiéndose a la zanja.—Esta casi muerto de hambre y de frío. Llevémoslo a casa, Pedro.

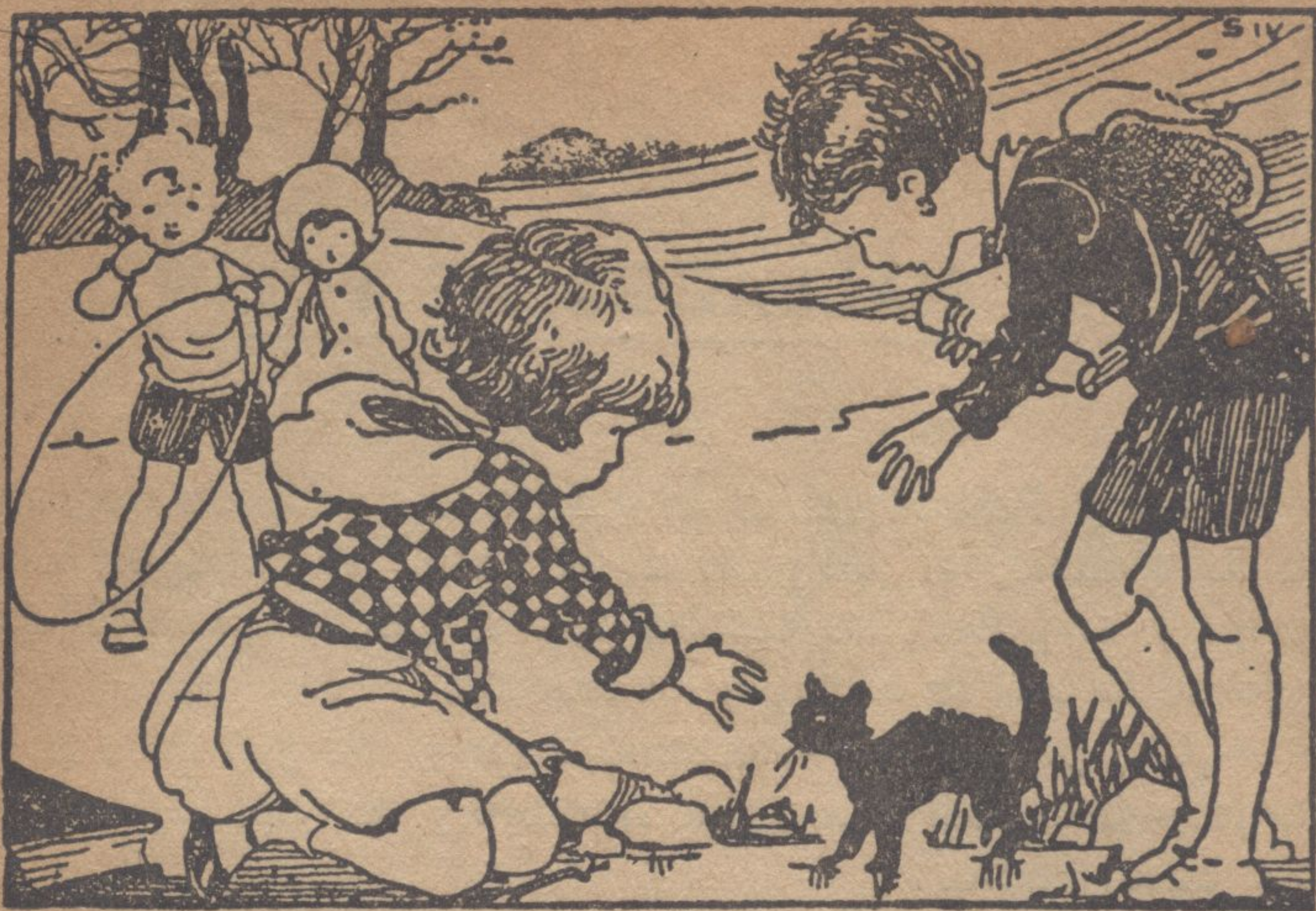
El niño puso el animal debajo de su chaqueta y se lo llevó a casa. En cuanto mamá lo vió, calentó un poco de leche y alimentó al pobre gatito. Éste empezó a roncar de satisfacción y se bebió una taza de leche. Luego se tendió ante el fuego y se quedó dormido.

—¿Podremos quedárnoslo, mamá?—preguntó Juana.

—Sí—contestó la buena señora.—Pero os habéis de encargar vosotros de cuidarlo y de que no cometa travесuras. Yo estoy muy atareada ya con el nene.

Los dos niños prometieron cuidar del gatito y cumplieron su palabra, de modo que, por turno, le deban de comer y lo limpiaban, hasta el punto de que su pelaje acabó por brillar como si fuese de seda.

Lo llamaron Polín. El gato creció y engordó, y sus ronquidos de satisfacción eran muy fuertes. Pero era muy travieso. Se encaramaba por las cortinas, tiraba de los cordones de los zapatos de Pedro, se subía por las medias de Juana y luego echaba a correr, persiguiendo el ovillo de lana de mamá.



—¡LLEVÉMOSLO A CASA, PEDRO!—DIJO LA NIÑA

—Deberías cuidar mejor de ese gatito—dijo mamá, después de perder el ovillo de lana para remiendos y de descubrir un agujero en la cortina.—Ya va siendo molesto. Llévatelo al cuarto de los juguetes y procura que esté quieto.

Los niños lo hicieron así y Juana se puso el gato en la falda.

—¿Cómo lograremos que se esté quieto?—preguntó a Pedro.—¿Le contaremos un cuento?

—Los gatos no entienden los cuentos—dijo Pedro, riéndose.

—Pues, por lo menos, le gusta mucho que le hablen—replicó Juana.—De modo que voy a contarle un cuento. Le hablaré del collar de brillantes que perdió nuestra abuela.

—No, ya se lo diré yo—contestó Pedro. E inmedia-

tamente empezó la narración, absolutamente cierta y que sabía de memoria, por haberla oído muchas veces.

—Una vez, gatito—dijo,—nuestra abuelita tenía un magnífico collar de brillantes, que valía mucho dinero. Abuelito, según creemos, solía guardarlo en una caja de caudales y, dentro de ella, en un rincón secreto, que nadie conocía, ni siquiera abuelita. Eso ocurría en esta misma casa, aunque nadie sabía dónde.

“Un día, abuelito se cayó del caballo durante una cacería y se mató. Y en su testamento no decía dónde había ocultado el collar de brillantes. La familia empezó a buscarlo, pero nadie lo encontró. Mi abuelita, papá, mamá y también Juana y yo lo hemos buscado, pero sin resultado. ¿Qué te parece esta historia?

El gatito estaba en el regazo de Juana; miraba fijamente a Pedro mientras éste hablaba. Y empezó a hacer guiños y a roncar con mucha fuerza.

—Parece como si hubiese comprendido todas las palabras que le has dicho—exclamó Juan, acariciándolo.—Es el gatito más mono del mundo.

Al día siguiente, el gato desapareció después de desayunar y de lavarse. Los niños lo buscaron un buen rato, pero inútilmente.

Polín estuvo ausente durante todo el día y los niños empezaban a temer que se hubiera extraviado o que alguien se lo hubiese robado, pero cuando ya estaba la tarde muy avanzada, pudieron oír los maullidos del animal, aunque sin saber de dónde procedían.

Buscaron en el armario que había al lado de la chimenea, pero allí no estaba el gato. Parecía como si sus maullidos sonasen detrás del mueble. La niña metió la mano por un agujero hecho por una rata y de pronto tocó un botón. Lo oprimió y en el acto la parte poste-



—UNA VEZ, GATITO—DIJO

rior del armario se deslizó a un lado, dejando al descubierto una abertura.

Apareció el gato y los niños lo estrecharon en sus brazos, mientras él roncaba de satisfacción. Luego fueron en busca de su madre para darle cuenta del descubrimiento que habían hecho.

—Sin duda, Polín se metió por este agujero en busca de alguna rata—observó la buena señora.—Sin embargo, yo no tenía idea de que existiese ese escondrijo.

Encendió luego una bujía para examinar aquella oscuridad y, de pronto, profirió un grito de asombro y sacó



—¡QUÉ CONTENTO SE PONDRÁ PAPÁ!—EXCLAMÓ
PEDRO

una hermosa caja labrada. La puso sobre la mesa y al abrirla, ¿qué os figuráis que encontró? Pues el collar de brillantes.

—¡Oh!—exclamaron los niños, en extremo sorprendidos.—¡Qué contento se pondrá papá!

—¡Ya lo creo!—contestó su madre, muy contenta.—Su mamá le legó ese collar si se encontraba alguna vez. Y ahora papá será rico.

—Y todo gracias a Polín—dijo Pedro, dando un estrecho abrazo al gato.—Mira, mamá, vamos a darle un plato de leche por recompensa.

Y lo tenía bien merecido, ¿no os parece?

EL AUTOMÓVIL FUGITIVO

DE ROBERTO

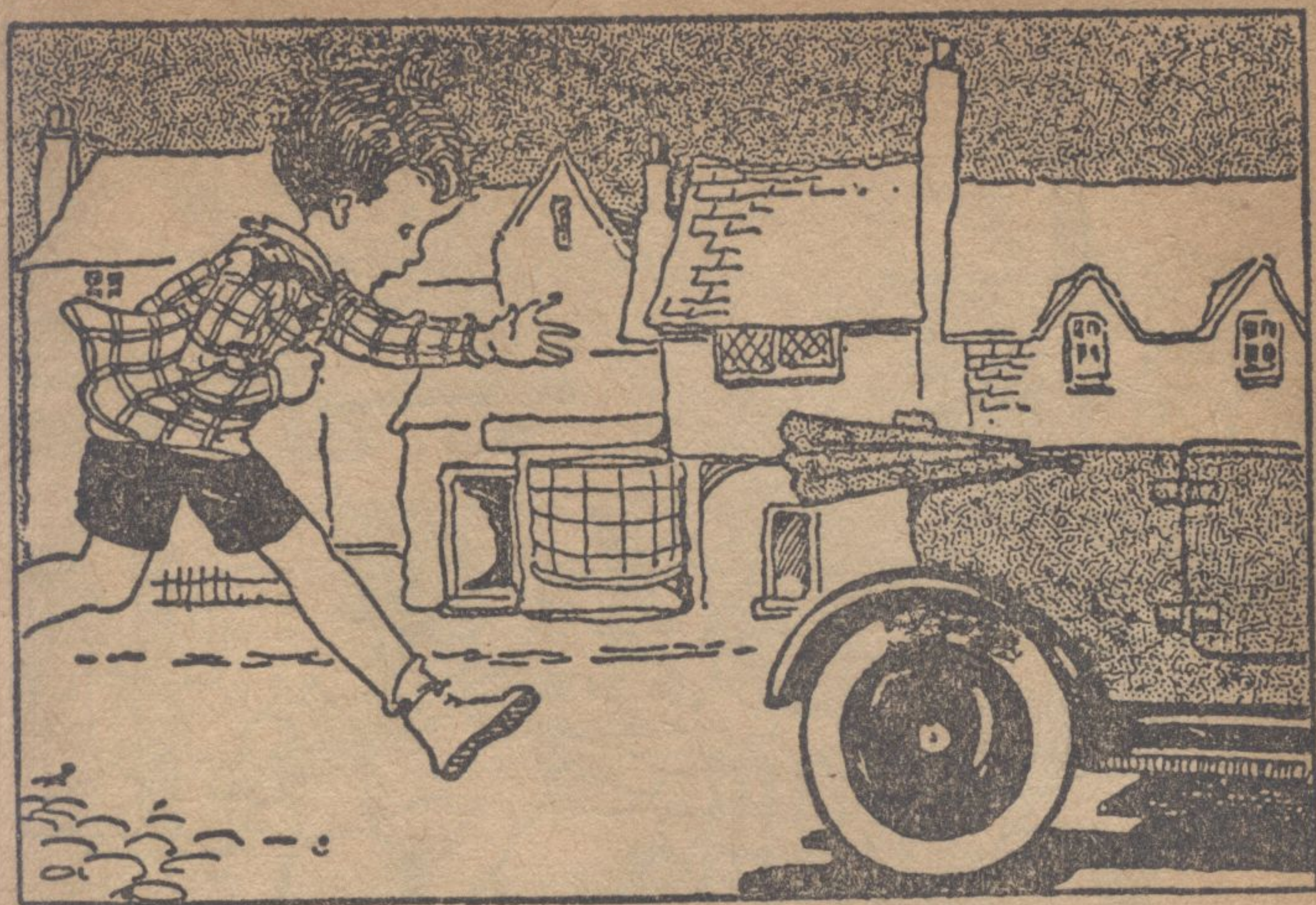
A Roberto le regalaron, el día de su santo, un lindo automóvil. Estaba pintado de rojo y amarillo, era de cuatro asientos y tenía una hermosa bocina que sonaba casi tan fuerte como la del coche de papá.

Lo único que le faltaba era un par de faros. A Roberto eso le disgustaba mucho, porque el automóvil ya no parecía de verdad. ¿Qué haría en el caso de querer salir de noche?

Todas las tardes, antes de merendar, Roberto salía a dar un paseo en su automóvil. Funcionaba por medio de pedales y llegaba a correr bastante. Al llegar a las esquinas, el niño tocaba la bocina y se daba mucha importancia.

Un tarde ocurrió algo muy raro. Roberto tomó el camino que conducía a la confitería. Al llegar al establecimiento, dejó el coche junto a la acera y entró a comprar unos caramelos. Pero cuando salía, la bocina del coche tocó por sí sola y el vehículo echó a correr calle abajo.

El niño se quedó asombradísimo. Mientras tanto, el automóvil seguía corriendo y, al fin, Roberto emprendió su persecución. Como el niño era muy ágil, antes de que el automóvil llegase a la esquina, ya lo había alcanzado. Quiso detenerlo, pero no pudo y en vista de eso, tomó asiento ante el volante y quiso frenar el coche, pero los pedales giraban con tal rapidez, que no le fué posible poner en ellos los pies.



ROBERTO ECHÓ A CORRER TRAS DEL AUTOMÓVIL

Entonces, el niño quiso hacer dar la vuelta al coche para emprender el regreso a su casa, pero el volante no quiso girar, de modo que no tuvo más remedio que seguir el camino en línea recta, tocando la bocina para que la gente le dejase paso. Luego, el coche subió por una calle muy empinada y por fin dió media vuelta y penetró en una callejuela que el niño no había visto nunca.

Pocos minutos después vió que se hallaba en un lugar muy raro. Las casas estaban construídas con los mismos ladrillos que él utilizaba para hacer casas de juguete. Los árboles eran iguales a los de su granja y en cuanto a la gente, no era más que una serie de muñecos de juguete, que iban de un lado a otro.

Vió a muchas muñecas y a dos o tres ositos; algunos soldados de madera se quitaron de en medio del



EN UN MOMENTO, EL FANTOCHE MONTÓ A CABALLO Y SALIÓ AL GALOPE

camino y un caballo de igual substancia saltó, asustado, al oír los bocinazos del coche.

—¡Dios mío! Éste debe ser el País de los Juguetes— pensó Roberto, sorprendido.

¡Vaya una aventura!

Pero sus aventuras habían empezado solamente. De pronto, un fantoche que estaba en pie al lado de un

caballo de madera, se dirigió al escaparte de una confitería y le arrojó un ladrillo. Después introdujo la mano por el agujero y se apoderó de una caja de caramelos. En el acto montó a caballo de un salto y emprendió la fuga, llevándose los caramelos.

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo!—gritó el tendero, asomándose a la puerta.

Los que estaban en la calle repitieron aquel grito, pero nadie se atrevió a cerrarle el paso. De pronto, dos policías de juguetes se precipitaron al automóvil de Roberto, que, por sí mismo, se había detenido y uno de los dos agentes ordenó al niño que persiguiese al fantoche.

Roberto empezó a pedalear con toda su fuerza y, al verlo, todas las muñecas y juguetes que estaban en la calle le dirigieron gritos de entusiasmo, pero el fantoche le llevaba todavía una buena ventaja.

Roberto pedaleó con toda su alma. Al mismo tiempo no dejaba de tocar la bocina, por miedo de atropellar a alguien.

—Ya le ganamos ventaja, le alcanzamos—exclamó el primer policía.—Aprisa, niño, aprisa.

Roberto seguía pedaleando furiosamente, de modo que, poco a poco, el automóvil de juguete se acercaba al caballo de madera. Los policías estaban excitadísimos y cuando llegaron, por fin, al lado del caballo del fugitivo, saltaron al suelo, se apoderaron del animal y luego prendieron al malvado fantoche, para llevarlo a la cárcel inmediata.

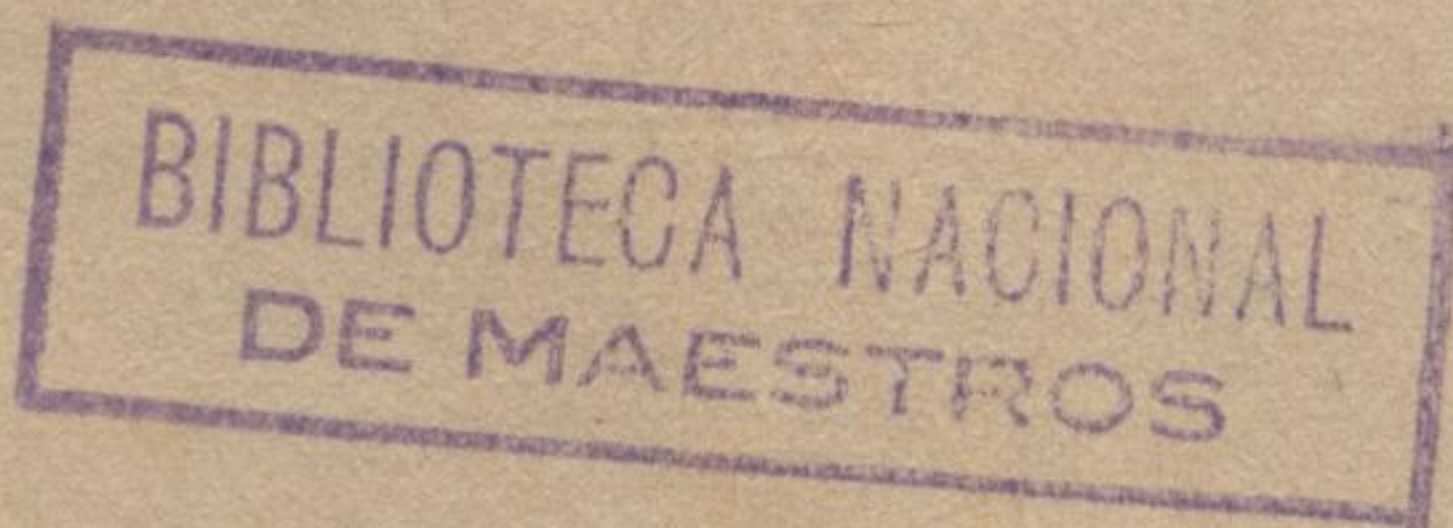
Todo el mundo manifestaba el mayor agradecimiento a Roberto. Por todas partes le ofrecían invitarlo a merendar, y el mismo confitero robado le regaló una bolsa llena de caramelos; pero el policía se volvió al

niño y le preguntó qué quería como recuerdo de aquel hecho maravilloso.

Como ya podéis comprender, Roberto se apresuró a pedir que le diesen un par de faros eléctricos para su automóvil. Los policías le aseguraron que se los proporcionarían inmediatamente y, en efecto, media hora después, el automóvil estaba ya provisto de un par de faros magníficos, que despedían una luz deslumbradora.

Roberto regresó a su casa contento a más no poder. Y, como ya era de noche, llevó sus faros encendidos durante todo el camino. No podríais imaginaros la sorpresa que tuvo la madre del niño al ver que éste volvía en su pequeño automóvil, provisto de dos magníficos faros. Pero aun creció más su asombro cuando Roberto le hubo dado cuenta de su maravillosa aventura.

fin



AVENTURAS DE GUILLERMO



RICHMAL CROMPTON, el autor de estas amenas narraciones, ha visto coronado su ingenio por el éxito más rotundo. Veintidós ediciones lleva publicadas de algunos de sus célebres libros de GUILLERMO, el más travieso, perspicaz y malicioso chiquillo de nuestros tiempos. Sus disparatadas y graciosísimas aventuras entusiasman a los pequeños, llenan de dulces añoranzas a los mayores y divierten mucho a todos los que las leen.

PUBLICADO:

GUILLERMO, EL PROSCRITO

EN PREPARACION

GUILLERMO, EL INCOMPRENDIDO

GUILLERMO, EL GENIAL

Precio de cada volumen, en cartóné \$ 1.50

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES



UNA GRAN AVENTURA

de

POPEYE

en

Simbad el Marino

El invencible Popeye os ofrece su más emocionante aventura. - Luchas épicas, venciendo fantásticos animales, monstruos y hasta al singular Marir 3. - Ayudado por la esbelta Serofina, el incansable decorador de salchichas Pancita; el gran Popeye os hará reír con sus trucos siempre nuevos.

Precioso libro ilustrado con cubierta y 16 láminas a cuatro colores y gran cantidad de dibujos en negro, por
E. C. SEGAR.

PRECIO \$ 2.—

URGEL 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES